

EL INTERÉS

I

Una definición del interés, es empresa menos fácil de lo que pueda suponerse. Definir nunca es fácil; y en psicología es más difícil.

Se habla con frecuencia de interés, cuando podría hablarse de curiosidad ó de atención. Se dice, por ejemplo, que la invención del teléfono sin hilos despierta vivo interés; que el pueblo albanés, del cual no se conoce ni su historia, ni sus costumbres, es interesante; no pocos declararán haber visto una representación de las *Bacantes*, ó haber leído el último romance de Gracia Deledda con gran interés. Si se pudiera identificar el interés con la curiosidad y la atención, sería útil para el estudioso, porque estas dos características de los procesos son ya bastante notorios. Desgraciadamente — afortunadamente para todos — los fenómenos de la vida son los más complicados de la simplificación científica. En este caso una observación rápida demuestra cómo aquella asimilación es imposible. El interés implica la curiosidad y la atención, pero no siempre; aún más, la recíproca de este juicio es falsa; y en fin, el interés no acaba en los dos procesos citados.

La curiosidad, es un «deseo de saber» que se extingue apenas la conciencia se ha organizado. En cambio el interés no se resuelve siempre en una pregunta; por lo común se acompaña de una infinidad de acciones que con el «saber» no tienen ni la relación más lejana.

Una madre, por ejemplo, se ocupa con gran interés del baúl del hijo que debe partir para un largo viaje: para saber qué cosa? La pregunta es absurda. Cuando la curiosidad y el interés parecen identificarse, este último puede perdurar por mucho tiempo, mientras la otra no existe más. Hay libros que se leen por centésima vez con mucho interés, pero no con mucha curiosidad de conocer una persona dada; y una vez presentada, el interés puede todavía mantenerse y también reforzarse, mientras la curiosidad ha cesado. Lo mismo puede observarse respecto á la atención. El periodista que toma apuntes de un discurso, del cual deberá

preparar un artículo, escucha con atención; pero hay quienes no demuestran el menor interés por lo que se ha dicho. El equilibrio que camina sobre un hilo, despliega una atención meticulosa; pero rara vez tiene un vivo interés por sus ejercicios.

Y también cuando en el interés despierta vivamente la atención, no se puede decir que la experiencia psíquica se agote en este proceso intelectual. Por ejemplo, figura siempre un residuo afectivo, un sentimiento poco definible cuanto original. De lo dicho resulta que, no obstante las plausibles confusiones del lenguaje común, el interés debe considerarse como un estado de ánimo característico y *sui generis*. Nuevas dificultades se presentan cuando se quiere sustituir esta fórmula general por otra más precisa. Es difícil poder colocar el hecho en cuestión entre los fenómenos psíquicos.

No corresponde á ningún fenómeno intelectual, y tiene relación con: percepciones, representaciones, imaginación, atención. Contiene una emoción—el estado afectivo á que nos hemos referido—pero no se limita á eso, como lo hemos establecido: en fin, no es simplemente una tendencia, un apetito, un deseo bien definido. Debemos reconocer que este estado de ánimo, siguiendo el curso de las diversas actividades psíquicas, no se identifica con ninguna de ellas: entonces nos autoriza á suponer que luego de ser *un hecho específico*, sea más una *cualidad peculiar* de otros hechos específicos. Esta constatación no pone de manifiesto nada excepcional; la conciencia existe y obra á través de tonalidades diversas, síntesis de notas diferenciales que los procesos en acción presentan en un momento dado. Se habla por ejemplo de *depresión* y de *excitación*; de *normalidad* y de *anormalidad general*; de *indiferencia*; y del mismo modo se debe considerar el *interés* como un estado opuesto de esta última. Que el estado psíquico tenga un valor positivo no basta para modificar el carácter del fenómeno; porque no agrega nada de específico al desarrollo de los procesos empeñados, como los tonos negativos no denuncian la esencia de cualquier cosa particular, pero sí la disminución de la intensidad general. Estos tonos psíquicos están todavía cerca de la conciencia como una cosa diferente y no confundible. Las diferencias de tono inherentes al recorrido de diversos hechos psíquicos se establecen por la conciencia del sujeto en una síntesis que tiene la cualidad afectiva. La depresión y la exaltación, la normalidad y la anormalidad, la indiferencia y el interés son para quien la experimenta otras tantas conmociones diversas. Mediante una contradicción, se llega á reconocer en el interés la dignidad de un hecho psíquico *sui generis*; porque es la realidad de los hechos psíquicos, la que puede ser reconstruida por la atención refleja, es la interpretación resumida que á los mismos hechos dá espontáneamente la conciencia de quien los vive.

Establecido así el valor fundamental del fenómeno no será difícil dar una definición esquemática, que podría ser controlada con las experiencias de cada uno. El interés es precedido con mucha frecuencia por una verdadera curiosidad, y se explica por

un aumento de intensidad de los fenómenos que se desarrollan durante un cierto tiempo. Entre estos fenómenos, como he dicho, ninguno por necesidad debe ser excluido. La mayor parte de las veces se acentúa la intensidad de la percepción y de la representación por la intervención de la atención. Pero también la imaginación y la fantasía pueden poseer esta variabilidad de tono. Hay una diferencia entre el modo con el cual evoco en mi mente un lugar cualquiera y aquella con la cual evoco el lugar en el cual se ha desarrollado un importantísimo suceso de mi vida. Es profundamente diversa la actividad del escritor que inventa por necesidad de oficio, que aquello que se inspira por necesidad interior y acompañada del más vivo interés. Se puede querer y obrar sin y con interés; en un caso se tendrá la solución y la ejecución pura y simple; en el otro caso, el fervor, el ímpetu, la plenitud de la intensidad. En cada modo se tienen los hechos psíquicos que emergen en el caso particular y se intensifican, no tardan — cuando el interés se efectúa — en constituirse como polos de atracción, digamos así, alrededor de los cuales se orienta la conciencia entera; se dirá que hasta que el interés subsista, ellos solos campean luminosamente, dejando todo el resto en la penumbra. Esta particularidad fué objeto de discusión hasta en la psicología antigua y en la escolástica: tanto que Dante mismo pudo descubrirla con estos versos:

Quando per dilettanze over per doglie,
 Che alcuna virtù nostra comprenda,
 L'anima bene ad essa si raccoglie,
 Par che nulla potenza più intenda:
 E questo è contra quello error, che crede,
 Che un'anima sovr'altra in noi s'accenda.
 E però, quando s'ode cosa ò vede,
 Che tenga forte a sè l'anima vòlta,
 Vassene il tempo, e l'uom non se n'avvede.

Esto dice Dante en el canto IV del Purgatorio después, de su coloquio con Manfredi, mientras poco antes había descripto admirablemente el gran interés suscitado por la música suave de Casella en todo el auditorio:

«Amor che nella mente mi ragiona»,
 Cominciò egli allor sì dolcemente,
 Che la dolcezza ancor dentro mi suona.
 Lo mio Maestro, ed io, e quella gente
 Ch'eran con lui, parevan sì contenti,
 Com'a nessun toccasse altro la mente.

Que *parevan sì contenti* nos conduce á considerar el lado afectivo del fenómeno. En el episodio dantesco gran parte de la alegría y goce estético está inspirado por la música de Casella; pero ciertamente nos detenemos en la parte que constituye la síntesis sentimental á que nos hemos referido.

La viveza de los procesos psíquicos se produce siempre á no ser que se cause una emoción placentera; porque, como hemos visto, el interés es un tono de intensidad, la presencia del dato afectivo viene á estar más que justificada. Un violento ejercicio físico, una decisión grave é imprevista, una rápida creación estética, una reflexión intensa, una atención cautelosa están siempre acompañadas de placer. Pero la variación afectiva del interés se reduce sólo á esto: «gustos de la mayor actividad»?

No, verdaderamente; cualquiera que sea la conmoción que la actividad psicológica del hacer, del querer, del conocer, viene á ser como su contenido particular—puede ser también un dolor—el placer del interés por el interés, tiene siempre alguna cosa de muy profundo, de íntimo, de individual; y siempre nacerá no en virtud de las leyes generales del obrar psíquico, sino por aquellas particularísimas que tienen su imperio en los confines de nuestro yo. Cómo se justifica este carácter que dá á tal placer un aire de emoción «en estrechísima incógnita»? He aquí lo que debemos indagar para completar el análisis.

II

Podremos fácilmente completar el análisis, investigando en cuáles circunstancias concretas surge el interés. A primera vista, una investigación de esta naturaleza es difícil.

El interés por los mismos objetos, varía de persona á persona. Cuando para algunos es del todo indiferente es para otros interesantísimo y viceversa: cómo entonces realizar una «enumeración de circunstancias» que tenga la pretensión de una cierta precisión? Será necesario tener en cuenta esta variabilidad individual; pero esto no impedirá reunir una cantidad de observaciones que puedan servir para muchas personas. Comenzaremos diciendo dos palabras acerca del interés en los niños.

No hablo de la simple curiosidad, porque todos están convencidos de que los niños son curiosísimos, y la psicología dá razón á las convicciones comunes. «Los años de completa madurez — dice Renán — no son iguales á la fecunda curiosidad de los primeros meses en que se despierta la conciencia de los niños».

Viceversa, muchos creen que los niños solo raramente puedan experimentar un verdadero y propio interés. Con frecuencia los padres y los maestros dicen: «Este chico no es malo, no le falta inteligencia, pero nada le interesa y por eso no aprende!». Los mismos padres y maestros dicen: «Es inútil comprar libros para este chico; no se interesa por la lectura!». Y por fin: «No más juguetes! los arrojan en un rincón para que se cubran de polvo ó el niño no se interesa por ellos!».

No niego la posible verdad de estas afirmaciones: pero observo simplemente que en nuestro caso no demuestran nada, ó mejor dicho, demuestran una vez más cuan grave es la miopía de

muchos. Y en fin, es absurdo querer encontrar y valuar estados de ánimo solamente con experiencias artificiales, expuestas por métodos educativos más ó menos buenos; comencemos observando la vida espontánea del niño y no será difícil llegar á conclusiones diversas.

En el caso nuestro es fácil constatar que el niño «*allo stato di natura*», solo ó en compañía, se interesa muchísimo en infinitas circunstancias, encontradas por él mismo ó por lo menos encontradas. Muchas formas de juegos infantiles tienen en su base un vivo sentimiento de interés; juego é indiferencia son términos contradictorios.

Cada uno habrá observado con admiración, la ostentación llena de fervor que los niños despliegan en las acciones que á nosotros nos parecen del todo insignificantes, ó casi. Un niño que ha pasado la edad de dos años tiene una pasión vivísima por el juego de la pelota. Y no solo por la pelota, sino por cualquier objeto de forma esférica, que más ó menos se acerque á su ideal. Una vez que ha descubierto que también la cabeza de su padre es una pelota, trata de sacarla de su puesto. El juego del niño es de los más simples; consiste en arrojar al aire, recoger y arrojar de nuevo el objeto llamado pelota... pero sin interrupción, por horas enteras, con un aumento de risa, de gritos, de saltos. He aquí un interés que desafía toda ponderación. Es posible que el niño no se ocupe de todos los juguetes; pero entre éstos habrá algunos preferidos; y prestará interés á aquellos fabricados por él, á aquellos que los padres han debido comprarles después de una serie de pedidos, protestas y caprichos.

Los animales domésticos — que son las entretenencias más bellas — las flores, todo cuanto se mueve y palpita en colores vivos, atraen pronto la atención del niño y suscita un continuo interés. En fin, ciertos actos de pretendida crueldad infantil no son más que pruebas de vivo interés; el niño secciona los insectos, por ejemplo, movido por un impulso que fundamentalmente no es muy diverso de aquel que efectúa el hombre de ciencia en sus investigaciones. Ya entre los 6 á 7 años al interés muy genérico se sustituye por alguna forma específica: ciertos niños por muchas horas hacer casitas, otros tratan de escribir, otros no desean más que juegos y ejercicios físicos al aire libre. Entre los 10 á 12 años el interés ha adquirido formas esquemáticamente individuales, tanto más significativas cuanto más espontáneas. Los mismos niños que demuestran horror por los libros de escuela, son capaces de devorarse cientos de volúmenes, obtenidos con los más ingeniosos medios de cambio; y he conocido más de un muchacho que, desdénando el italiano, ha fundado, dirigido y escrito á mano en doce copias un diario sentimental de cartas, ciencias y variedades en cuatro páginas protocolo.

En conclusión, contrariamente á prevenciones bastante difusas, debemos admitir que el interés del niño es bastante y puede arribar á grados de notable intensidad. Respecto á los adultos las circunstancias ocasionales del interés varían grandemente, como

cantidad y como cualidad, debido á la variación de las condiciones generales de la psiquis.

Rousseau ha dicho: «*On n'est curieux qu'à proportion qu'on est instruit*» (Emilio V.). Cualquier cosa semejante, con la reducción debida, se puede afirmar por el interés. Todos los viajeros y exploradores de los países bárbaros están de acuerdo en constatar que los indígenas semi-salvajes demuestran poco interés por los fenómenos naturales, de los cuales son testimonios, y menos interés demuestran aun por las maravillas de la ciencia y de la industria. He notado que los árabes de la Libia han observado los acorazados, los ferrocarriles, los aeroplanos y los dirigibles con sospechoso temor, pero no con interés.

Spencer, ocupándose de esta indiferencia constitucional del salvaje, ha creído encontrar la razón. «Hasta que el espíritu no llegue — dice — á admitir que ciertas relaciones entre las cosas son constantes, no podrán jamás experimentar estupor ante fenómenos que están en desacuerdo con tal creencia. Es posible darse cuenta de todo esto, observando cómo se comportan las personas de poca cultura que viven entre nosotros. Mostrad á un aldeano una importante experiencia: la ascensión de los líquidos en un tubo capilar, ó la ebullición espontánea del agua en un recipiente en el que se haya producido el vacío, y en lugar del profundo estupor que habéis esperado, encontraréis indiferencia. El mismo hecho que os ha admirado la primera vez que lo habéis observado, porque no parecía estar de acuerdo con la idea general que teníais de los fenómenos psíquicos. Si suponemos que el aldeano está desprovisto de las pocas ideas generales que tiene y que las causas susceptibles de sorprenderlo se tornan más raras, podemos conjeturar el estado mental del primitivo».

La explicación es demasiado clara; demasiado, porque no es necesario explicar un hecho evidente de por sí. Un problema nacerá más bien si el primitivo se interesase por fenómenos y acontecimientos que no forman parte de su mundo, ó si no tuviese ningún interés por lo que es más común en su vida.

El árabe que atribuye á la obra de la magia el vuelo del aeroplano tiene pues un interés proficuo por sus caballos y sus camellos. Por otra parte, entre los hombres civilizados, cuántos verdaderamente se interesan por los fenómenos naturales, los milagros de la ciencia y de la industria? ¿Cuántos, por ejemplo, cada día utilizan el teléfono, el tranvía eléctrico, el ascensor y una infinidad de otros medios que nos dá la vida, se preguntan: cómo funcionan los aparatos, y por quién y cuándo fueron inventados?

La gran masa de las personas mediocres se interesan casi exclusivamente por los pequeños hechos de la vida presente.

Escuchad una conversación de una hora basada sobre «pequeños hechos», pensad como aquella familia ó grupos de familias conversan una infinidad de personas y solo en aquella hora, sino en todas las horas de la existencia, y os sentiréis preso de un verdadero estupor delante de la grandiosidad de la vana charlatanería humana.

Los «pequeños hechos» representan la vida cotidiana de las familias, de los amigos, de los conocidos de los amigos... de los desconocidos, de los cuales de cualquier modo se pueden tener noticias. Se lee un libro y se vá á un espectáculo ó para interesarse de un hecho ó para hacer lo que todos hacen. También los grandes acontecimientos se reducen rápidamente á modestas proporciones subjetivas, su importancia intrínseca, y en segundo lugar: valen solo en cuanto puedan ser hechos por un pequeño hombre y referidos á muchos otros pequeños hombres: el cual constituye un hecho también pequeño!

Las personas cultas demuestran interés de naturaleza eminentemente intelectual. Muchos, por fortuna, siguen con interés la producción literaria y teatral, frecuentan exposiciones y visitan galerías, asisten á conciertos ó hacen música. Otros siguen día á día los continuos progresos de la ciencia, de la industria, del comercio. No solamente todo esto, en los límites de un país, pues la cultura no conoce confín, y los cambios de ideas se producen rápidamente y continuamente entre los más lejanos centros de civilización.

Los problemas filosóficos y las investigaciones de la ciencia filosófica necesitan reconocerlo, son aquéllos que tienen el interés más limitado. Por otra parte, entre las personas cultas se delimitan siempre los grupos de especialistas, con límites tan profundos, que á menudo en nombre de un interés poco conocido se sostienen discusiones y se mantienen decisiones; y el literato tiene una disposición más ó menos benévola por las elucubraciones del filósofo, y el filósofo vuelve las espaldas al historismo pedantesco del literato.

Esta enumeración descriptiva no tiene la pretensión de ser aproximativamente completa; quiere ser más bien una sugestión por reflexiones que cada uno podrá hacer por su cuenta; y en tanto es suficiente para recoger algunos elementos esenciales en la definición exacta del interés.

Hemos visto que el interés es proporcional al desarrollo general de la psiquis, y ahora debemos considerarlo no solo como cantidad, sino también como *calidad*. La posibilidad de existencia para el interés depende de la formación de tendencias, de inclinaciones, de sentimientos, hay variedad de interés que dependen de la edad, del sexo, de la nacionalidad: y todas estas variaciones dependen de un criterio único, de la variabilidad de la personalidad. El interés nace, en último análisis, cada vez que la personalidad se empeña en un objeto, sea para completar, ó para sentir ó para hacer. Ahora entendemos la diferencia entre curiosidad, atención é interés; los dos primeros estados de ánimo son *locales*, el segundo es un estado *general* que demuestra la *persona*, el yo en sus cuerdas más sensibles. Está determinado ahora qué es lo que representa y de dónde viene aquel residuo de conmociones que poco antes nos habíamos propuesto definir; aquella conmoción indica en la conciencia la actividad de la personalidad y la reacción clara que aparece cada vez que el yo está iluminado en su inaccesible profundidad.

III

Es claro que aquellos que quieren interesar á los otros, que quieren provocar artificialmente el fenómeno del interés, deben ante todo dirigirse á la *personalidad* de los que hacen de espectadores. La importancia de esta posibilidad es grandísima: basta decir que cada educación verdaderamente profícua se base sobre ella, como cada educación completamente infecunda se ha abandonado.

Es inútil preocuparse del niño para obtener de él un mejoramiento moral ó un aumento de cultura, si no se procura obtener primeramente el interés. El arte de interesar á los niños es sumamente difícil; la teoría debe adaptarse á una infinidad de casos particulares; y está hecha más de intuiciones que de principios claros. Para interesar al niño es necesario conocerlo, y para conocerlo amarlo. En cada caso los adultos que hablan á los niños no deben tener el aire de pasar por alto las preguntas; deben asumir el aspecto de personas que hablan á otras personas capaces de entenderlas; deben hacerse entender hasta en lo más difícil. Las advertencias morales han sido otra vez establecidas, bajo la forma de «*prédica*»; y en las *prédicas*, en la gerigonza de los educandos, es un discurso genérico dicho por personas que no se les cree y otra que no está atenta. En el campo más particular de la instrucción los educadores saben que sin interés no se puede obtener de los alumnos ningún resultado serio. Y para que la enseñanza sea interesante, es necesario que sea proporcionada á la inteligencia de los alumnos, vivaz, diversa. Del primer requisito se ocupan los programas; pero se sabe que los programas son hechos para un tipo de niño ideal... que por fortuna no existe. Los excesos, es decir, el tono demasiado elevado y aquel demasiado bajo de la lección son igualmente dañosos: en el primer caso el niño después de un esfuerzo inútil para comprender, se distrae en cosas más fáciles como la observación del vuelo de las moscas, ó el cambio de las estampillas; en el segundo la inutilidad de la atención conduce á idénticos resultados.

La variedad de las lecciones es indispensable. Muchos maestros se hacen un horario dentro del horario, y aquel sirve para el año escolar entero. Algunos pedagogistas recomiendan este método, consideran que eso sea cómodo... para los maestros, que por el hábito obtienen una disminución de fatiga, pero ciertamente no es útil para los escolares, á lo menos, en las clases elementales y en primeros años de las escuelas secundarias. El hábito es sinónimo de interés; el escolar que sabe antes de entrar á la escuela cómo se desarrollará su alborada, está predispuesto á la desatención y al aburrimiento. Habiendo enseñado por algunos años en las escuelas técnicas, he tenido ocasión de consolidar estas convicciones con una infinidad de experiencias; y mis niños se interesaban grandemente en la variedad de las lecciones, obtenida

comúnmente, con los recursos más simples; con hacer preceder, por ejemplo, la explicación con la interrogación; con dedicar una hora entera á la lectura, con asignar un tema escrito á los que no habían pensado antes... la sorpresa comúnmente no es debida al contenido, sino á la forma.

La animación de las lecciones, otro requisito fundamental para suscitar el interés, consiste en enseñar con fe; lo que se dice debe estar acompañado del calor de la convicción, si se quiere suscitar otra correspondiente.

El escolar más perezoso intuiciona la convencionalidad del curso con infalible seguridad; no acepta que se le hable por deber de oficio, y viceversa acoge con fervor la lección improvisada, ingeniosa, nacida de la observación y de la reflexión personal del maestro. Algunas materias tienen necesidad particular de reanimación: como la aritmética, la historia y la geografía; las relaciones abstractas, los datos y los nombres propios no interesan al niño, porque para su mentalidad representan los cuerpos extraños insignificantísimos.

Es necesario reconocer que los maestros tienen una ayuda escasa, para llegar á los fines que he expuesto, en el uso de los libros de texto. El libro de texto no es casi nunca un libro de importancia. Los cursos de lectura, de historia, de geografía — salvo raras excepciones — son construcciones verbales sin vida; tienen un solo lado interesante: el lomo donde está señalado el precio; esto representa el interés del autor, más aún, del editor, y por cierto, no puede conmover al escolar.

Es necesario que el educador se incline amorosamente hacia la personalidad del niño; pero en forma que no aparezca inclinado — el niño no se interesa por ciertas actitudes que interpreta como simulaciones. Y menos el educador debe aparecer como igual — porque el niño puede aceptar con interés las enseñanzas de sus superiores solo hasta cuando lo reconoce como tal.

Los medios para suscitar el interés de los adultos son infinitos: se puede decir que más ó menos cada hombre trata de interesar, como mejor puede, un cierto número de sus semejantes. No nos limitaremos aquí á llamar la atención sobre los dos medios que más comúnmente se recurre, sobre el arte y la publicidad, argumentos que por sí mismos merecerían un extenso artículo.

Es muy difícil establecer una relación algo extensa, entre la obra de arte y el interés. No existe probablemente ninguna tentativa de arte que no haya suscitado el interés de alguien; y no existe obra maestra que no pueda ser interesante para todos. No solo esto: una misma obra es considerada interesante por diversos motivos. Todavía se puede establecer alguna generalidad; se puede decir que una obra de arte es interesante para un número tanto mayor de personas, cuanto más se dirige á la personalidad pro-

funda de su público; cuando no se ajusta á las obstrucciones superficiales correspondientes á las exigencias del tiempo y del lugar, pero llega á las partes constitutivas de la psiquis-puramente humanas, es decir, extensas. La gran extensión del interés se justifica fácilmente, considerando que en estos casos la obra de arte se dirige á aquel núcleo central de sentimientos, tendencias, ideas que son comunes á la mayoría, mientras no renuncia completamente á lo que podríamos decir «intereses menores», constituidos por exigencias comunes á limitados grupos de personas.

Las *Nubes* de Aristófanes á distancia de algún milenio, interesan todavía, porque presentan un conflicto entre ideas viejas y nuevas, entre el principio de tradición y aquel de crítica que siempre ha existido, existe y existirá; y tienen al mismo tiempo un interés arqueológico, un interés histórico, uno filosófico y uno cómico.

Viceversa, obras consideradas ayer como maestras hoy han muerto. El interés puede depender de circunstancias más formales, del modo de manifestarse que tiene el artista, sea cual fuere el contenido de ello. El aire de persuasión, la rapidez, la alegría y tantos otros medios estilísticos; en la técnica de cada arte que me es imposible enumerar, contribuyen á un tal fin.

La literatura italiana, hablando con franqueza, tiene un número discreto... de obras maestras malas. Los franceses en cambio tienen un arte para tener éxito, aunque plagien ó escriban frivolidades. Un autor, del cual no recuerdo el nombre, establecía una vez la diferencia entre el libro alemán y el libro francés con un parangón gastronómico: el primero, decía, es un enorme pedazo de rost-beaf completamente seco, y el segundo una bandeja de salsa con una pequeña presa perdida en el centro.

Las leyes psicológicas particulares tienen vigor, cuando se trata de suscitar el interés no de un simple espectador, sino de la masa. Los que se agitan en la masa, sean conferencistas, oradores ó autores dramáticos, deben saber interesar la personalidad de la masa y dirigirse primeramente á ella; si se puede obtener algo más, de simples grupos de espectadores ó de espectadores aislados, esto representará *un di piú*, sobre el cual no es necesario jamás hacer cesión para llegar al interés y después al suceso.

No puedo aquí tratar la descripción de la terrible personalidad de la masa, que cada uno habrá aprendido á conocer, por las lecturas de psicología colectiva, y más aún por la experiencia que se puede hacer frecuentando la sala de los teatros.

Esta personalidad tiene todas las virtudes y todos los vicios, es decir, todas las contradicciones; más rica de sentimiento que no de raciocinio, fácil á la risa y al llanto, al entusiasmo y á la pereza; capaz de exquisita delicadeza y de ignorancia brutal; siempre inestable y diversa; nadie á su vista puede hacer previsiones seguras, ni menos el cómico más inteligente y más experto. Pero dentro de los límites de lo posible, el autor que quiere el interés del público debe conocer tal personalidad; este conocimiento no está hecho de teorías, es un arte, *un senso*, como me decía una vez, un insigne artista, Alfredo De Santis. «Si Vd. quiere que le

defina el significado del teatro — decía — le diré, lo que D'Annunzio no ha dicho, y que Rovetta tenía, si bien fuese un ingenio y un artista menor que el poeta abruces».

La publicidad ó *reclame*, tiene por fin el interés del mayor número alrededor de una persona ó un objeto.

Esta forma de actividad, que es al mismo tiempo un arte, una ciencia y una industria, no era desconocida entre los antiguos; pero solamente en nuestros días, por el concurso de una infinidad de circunstancias, ha reunido extraordinaria riqueza de formas, siempre diversas y nuevas.

Pensad un momento en la ramificación de la publicidad contemporánea, y tendréis una idea simplemente temerosa. Y nuestras quietas ciudades italianas, por fortuna, están todavía en el a, b, c; mientras las grandes metrópolis como París, Berlín Londres, y más aún Nueva York, San Francisco, Buenos Aires, están enredadas en los tentáculos infinitos de la gran publicidad. Inmensos avisos murales, escritos luminosos, sobre cada techo, inscripciones que formulan sobre cada objeto de uso común; hombres-sandwichs, hombres que se afeitan el cráneo y lo exhiben en los cafés más frecuentados, hombres que pegan *reclames* á cada paso, sobre el asfalto de las calles, por medio de botines que tienen un timbre á disposición, hombres que simulan una risa ó un drama familiar, para recomendar al público el uso de ciertos dentríficos; señoras elegantísimas que son figurines ambulantes de las casas de moda; actores célebres que intercalan en el pedestal de una obra maestra el reclame de una estación climatérica; cinematógrafos que por la noche exhiben en público películas-reclame, gramófonos que desde la mañana hasta la noche cantan el nombre del mejor taco de goma... una lucha terrible de cada minuto para atraer; tanto, que si un pobre diablo prestase atención también á una cuarta parte de aquello que lo solicitan, no tendría ni tiempo... para advertir que vive.

En los Estados Unidos de América se han fundado escuelas, en las cuales se publican libros y revistas para la enseñanza del arte y del reclame. Las teorías, generalmente, se basan en buenos principios psicológicos, y algunos de esos libros son llevados con laudable rigor científico. Un principio fundamental es este: no basta dirigirse á muchos, suscitar la atención y la curiosidad de algunos: es necesario llegar hasta promover el verdadero interés también en la minoría, porque estos pocos podrán ser los compradores.

La patología del interés podría dar lugar á un hermoso libro.

El primer grupo de anomalías consiste en la constitución de intereses muy especiales, ó desproporcionados al fin. Cada uno tiene de estas predisposiciones particulares, correspondientes á idiosincrasias de la personalidad. Formas típicas á este respecto son los *coleccionistas*, en toda su variedad. Muchos tienen interés por la narración de hechos temerosos, ó atroces, ó delictuosos. Muchos, también, no frecuentando las aulas judiciales, leen todos los días los procesos. Este interés es difuso... los diarios han

dado siempre mayor extensión á la crónica del debate penal, excitando siempre más el mismo interés, y ultrapasando los límites de la conveniencia moral y social; tanto que sobre los derechos y deberes de la crónica se debió discutir en el último Congreso de la Stampa que tuvo lugar en Venecia en el año en curso.

Una anomalía que puede llegar al verdadero caso patológico es la esencia del interés. La *indiferencia* pura y simple es muy rara; cuando se presenta de por sí, no es un estado ni doloroso, ni anormal.

Pero la anomalía existe cuando la indiferencia se hace crónica en un individuo, y permanece en circunstancias que para la mayoría, es decir, para los espíritus sanos, son capaces de suscitar vivísimo interés. Dejamos los casos clínicos; no es necesario visitar los manicomios para encontrar anomalías en las manifestaciones psíquicas de nuestros semejantes. El tipo del *apático*, del *indiferente*, del *socarrón*, es bastante común. Por lo general, anomalías de esta índole se revelan en la primera infancia, y van acompañadas casi siempre de una debilidad ó de perturbaciones generales del temperamento fisiológico. Otras veces la indiferencia por todo y por todos está precedida de una enfermedad ó de una grave crisis moral. No pocos *escépticos* son originariamente apáticos é indiferentes; porque no saben ó no pueden interesarse en cualquier cosa, ocultan su defecto bajo un sistema, y declaran que no vale la pena de interesarse; siempre la vieja fábula del zorro y de la uva.

En fin, en el elenco de esta anormalidad encontramos dos simulaciones, bastante comunes: la simulación del interés y de la indiferencia.

No hablo, naturalmente, de las simulaciones que las conveniencias sociales pueden imponer casualmente también en la persona más sincera; sino de simulaciones que son profundas, frecuentísimas, crónicas, y constituyen, por esto, otras tantas anomalías. El típico simulador del interés y aquel que con palabra exótica no fácilmente traducible se llama *snob*; se comprende que el tipo es mucho más antiguo que la palabra. En cada tiempo ha habido ignorantes que han demostrado el mayor interés por la ciencia, el arte, la cultura; y en cada tiempo han sido objeto de mira por los escritores humoristas, sin que por esto hayan sido convertidos á la sinceridad. Estas formas particulares de snobismo son todavía características de un cierto tiempo; en nuestro tiempo, por ejemplo, es eminentemente industrial, comercial, práctico, y por esto más que suficientemente burgués y filisteo: todavía nunca como he demostrado — no digo *sentido* — tanto interés por el arte. La simulación de la indiferencia es un poco más rara, pero no menos humorística. Ciertas personas creen que el demostrar interés en un espectáculo, ó en la lectura de un libro, ó en una conversación sea «de pésimo gusto», como dicen, indignas de personas cultas y superiores; por esto comprimen, sofocan al nacer cada interés, y toman un aire de indiferencia que parece elegante. Del mismo modo ciertas personas envidian las palabras

aristocráticas. Y se interpreta así como cualidad deseable é inimitable lo que es un defecto, solo porque aquel defecto forma parte de las cualidades de otras personas que se admiran y se envidian.

De todo esto resulta, una vez más, la importancia que tiene el interés en la economía de la vida psíquica, y de la vida social y moral. Los hechos sociales más importantes como la educación, la ciencia y el arte, por no hablar de infinidad de manifestaciones menores, tienen en su haber un «estado de interés». De aquí deriva, porque en cualquier modo se completa en la sociedad el oficio de conducir consigo otros más, la necesidad de saber suscitar este fermento de actividad que es el interés, y más aún de saberlo provocar en relación á fines siempre nobles.

La conmoción con la cual el interés se revela en la conciencia, es uno de los más deliciosos placeres, porque es sentirse vivir, y es de por sí una buena compensación á la fatiga necesaria para alcanzarla. Las empresas más grandes y las acciones más humildes se detienen ante este sentimiento que podrá encontrarse también unido á otros, pero en ningún modo será sustituido. Suponiendo que un hombre tome odio á su trabajo, intelectual ó material, cada medio económico no podrá jamás equivaler al interés que se ha perdido.

Le jeu ne vaut pas la chandelle se ha dicho; y yo quisiera que cada uno pudiese decir hoy: «El arte es tanto más bello cuanto más lo ilumina el sol».

JOSÉ FANCIULLI.